

PEQUEÑO TRATADO DE LA PRESUNCIÓN

Tomado de *Mensaje sin Destino y Otros Ensayos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1988. Pag. 49-56

Mario Briceño-Iragorry

ASÍ APAREZCA ÁRIDO y presuntuoso este breve intento de examinar, desde sus raíces, idiomáticas, la idea de la presunción, hemos querido anteceder nuestras reflexiones de tipo psicosociológico, con minucioso y pesado análisis de vocablo, el cual, si en verdad poco enseña a quienes conocen los misterios de la filología, sirve en cambio, para aclarar en su extrema realidad el concepto simbolizado por la palabra. Como se trata de simple erudición de diccionario, bien podría faltar en nuestro ensayo; mas hemos creído que al seguir el curso de la palabra desde su primitiva figuración latina hasta su presente fijación en lenguas modernas, nuestro propósito didáctico adquiere mayor dramatismo y que a su luz se iluminan mejor los secretos de este pecado, condenado tanto por teólogos y moralistas como por pedagogos y sociólogos.

No sea, pues, óbice para su lectura el propiezo con palabras y con frases olorosas a viejos y empolvados rincones de biblioteca, que, en saltando sobre su estirada pesadez, ya aparecerá la amarga flor cuya semilla ha sido tan fecunda en nuestro suelo nacional.

En las últimas ediciones de su diccionario, la Academia Española reduce las acepciones de *presunción* y *presumir* a sólo éstas:

“*Presumir* (Del lat. *praesumere*) tr. Sospechar, juzgar o conjeturar una cosa por tener indicios o señales para ello. || int. Vanagloriarse, tener alto concepto de sí mismo.

“*Presunción* (Del lat. *presumptio, onis*) F. Acción y efecto de presumir. || For. Cosa que por ministerio de la ley se tiene como verdad.” (Y luego explica el carácter de la presunción, cuando es de derecho o de ley o sólo de hecho).

En el diccionario de Autoridades se habían dado las siguientes definiciones:

“*Presumir*, v.a. Sospechar, juzgar o conjeturar alguna cosa por haber tenido indicios o señales para ello. Es del latino *praesumere*. Vale también vanagloriarse, tener demasiado concepto y confianza de sí mismo. Lat. *Nimum sibi sumere, vel arrogare. Nimis confidere.*

“*Presunción*. Significa también vanidad, confianza y demasiado concepto que se tiene de sí mismo. Lat. *Arrogantia. Nimia confidentia. Superbia*. Inc. Garcil. *Historia de la Florida*, lib. II, part. I, cap. XXIX: “Este fin tuvo la temeridad y soberbia de Nitachuco, nacida en su ánimo, más feroz que prudente, sobrado de *presunción* y falto de consejo.” *Jacuite. Pol.*, pl. 250: “*La presunción* estropea los mejores méritos.”

Según Covarrubias, *presumir* vale tener uno de sí gran concepto. *Presumido*, el confiado.

En bajo español de Venezuela, *presumido* se dice a quien usa modales delicados y viste con acicalamiento.

Para Sthepani, en *Thesaurus Linguae Latinae* (edic. de Londres de 1735), *Praesumptio, onis* vale por *ante sumptio*, o *anticipatio*.

Según el *Glosarium ad scriptores Mediae et Infimae Latinitatis*, de Dufresne (edic. de París de 1734) *prae sumptio* significó en latín decadente *actio injusta, invatio, usurpatio*; y *prae sumere*, expresó *ante sibi sumere*, conforme con la etimología que Ernout-Meillet, en su reciente *Dictionaire etymologique de la langue latine, da a praesumo*, en su acepción de tomar por anticipado o antes de tiempo, formada de *praesumo*, y éste de *susemo, emo*, tomar y *sus* de *suspicio*.

A *prae sumere* da significado de *ante capere*, según uso de Plinio, el *Lexicon Latinae Linguae antibarbarum*, de Janne Frederico Noltenio (edic. de Venecia de 1743), y según Furlanetti en *Totius Latinitatis Lexicon* (edic. de Padua de 1830), *prae sumptio, onis* vale por *actus prae sumendi, ante sumptio, et id quod ante sumitur* y, además, por *confidentia, nimia spes*.

En lengua francesa, además de la acepción forense de uso corriente en nuestro idioma, significa *opinion tropavantageuse de soi-même*. Igual acepción le dan los diccionarios portugueses e italianos.

Durante la Edad Media, el inglés adoptó el verbo *to presume*, tomándolo del francés *présumer*, tomándolo del francés *présumer*, en la primera acepción de *anticipatio* y en la del bajo latín de *invatio, usurpatio*. Tomar una cosa sin derecho, dice Oxford, para esta modalidad obsoleta de la palabra. Mas, queda en dicha lengua el valor “de actuar en la suposición de tener derecho”.

En categoría teológica, *presunción* vale tanto como creencia falsa acerca de la misericordia de Dios. Junto con la desesperación es pecado contra la esperanza, puesto que significa una esperanza temeraria en la bienaventuranza. Manera de pecado contra el Espíritu Santo, dicen los teólogos. “*Praesumptio est motus quidam appetitivus, quia importat quamdam spem inordinatam. Haber autem se conformiter intellectui falso, sicut et desperatio*” (Santo Tomás, II-ii, *quaets.* XXI, art. II). Por ello, San Juan Clímaco, en su *Escala Espiritual* (cap.

XXVI), comenta: “Así como son contrarios entre sí las bodas y el mortuorio, así son la presunción y la desesperación.” Y más adelante (cap. XXVIII), agrega: “Trabaja por tener muy fijo y muy guardado el ojo interior del ánimo contra todo levantamiento y presunción, porque entre todos los hurtos espirituales ninguno hay más peligroso que éste.” El padre Granada escribe, *Libro de oración y meditación* (II parte, cap. VI): “Destas dos tentaciones, la primera es desconfianza, la cual suele desmayar a dos tentaciones, la primera es desconfianza, la cual suele desmayar a muchas personas, haciéndoles creer que es imposible llegar a tanta alteza y perfección; y la otra es presunción, la cual, por el contrario, les hace creer que han llegado al cabo, o a lo menos que han aprovechado algo en este camino.” Sin que falte, en el orden corriente de la vida, la atribución pecaminosa que el propio Doctor Angélico le da cuando *se trata de acometer o intentar acometer lo que está sobre nuestras fuerzas* (Ibidem, q. 130).

Tanto en el orden teológico como en la primitiva acepción latina, abultada en el *sermo vulgaris* de la Edad Media, la presunción constituye una actitud de tomar con antelación, de invadir derechos ajenos, de usurpar lo que a otros corresponde: *praesumo*, tomar por anticipado. En lo que dice a la genuina y recta comprensión de la palabra, adelantarse en el propio juicio sobre sí mismo, con ánimo de jactancia, adelantarse en el propio juicio sobre sí mismo, con ánimo de jactancia, es sólo lo que deja al vocablo la acepción en uso. Apartado de su valor primitivo y de la acepción procesal de cosa que se tiene por verdad, apenas resta para el vocablo el valor superficial de “afección inmoderada, merced a la cual nos idolatramos y que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos”, según en sus *Ensayos* define Miguel de Montaigne. Sin embargo, un recto estudio del pleno contenido conceptual de la palabra nos lleva a comprobar que la *usurpatio*, la *invatio* y la *actio injusta* de la latinidad decadente permanecen en el cascabullo de la idea que el vocablo encierra. No otra cosa que

usurpación de méritos constituye un recto examen la posición de quien se representa ante sus propios ojos con atavíos de facultades de que en realidad carece. El versificador que presume de poeta y el religioso que se cree santo están ya usurpando posiciones que no les corresponden, y, en consecuencia, cometiendo una *actio injusta*.

En otra parte hemos escrito que nuestra gran tragedia cultural del pueblo radica en haber *llegado sin llegar*. Vale decir, en haber usurpado posiciones que no nos correspondían por derecho propio. No ya pecado contra el Espíritu Santo, sino falta plena contra nuestro deber social, contra la sinceridad que nos reclama la propia sociedad de que somos parte. Pueblo de presuntuosos, hemos buscado el fácil camino de tomar por anticipado los sitios que reclaman la sistemática de un esfuerzo lento y mejor orientado. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrada significación de anticipo de la hora, ha sido la tragedia cotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa y accidentada historia. La vía del asalto y de la carrera para llegar más presto a sitios que reclamaban una idoneidad responsable.

El afán desordenado de hacernos valer ha sido nuestro mal en todos los órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos ingrátidos, un tropicalismo desbocado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran guiar el impulso hacia la racional conquista. Llegar por donde sea y como sea. Torcido o recto el camino, da lo mismo, siempre que conduzca al deseado fin. Generalizada la teoría del éxito profesada por quienes aconsejan hacer dinero honradamente, pero en todo caso hacer dinero, hemos supeditado al hecho desnudo de satisfacer las ambiciones los medios de lograrlo, sin curar en ningún caso de que aquéllos sean honrados y consonos con la lógica que asegure su fructífera permanencia. Llegar a la casa por la puerta principal o por la puerta ancilar, es cosa secundaria. Sólo

importa llegar, a la luz del día, como llegaron los señores, o al amparo de las sombras protectoras del escalamiento.

Olvidados de la lógica de la vida y de la necesidad de madurar las circunstancias, jamás hemos sabido esperar. Llevados por tentaciones que destruyen la armonía del juicio y la rectitud de la reflexión, hemos templado la desesperación con la presunción; del cuadro falseado por un pesimismo de las cosas, hemos pasado a la violenta carrera que empuja la inmoderada estimativa de las cualidades personales. Como el sembrador que, cegado por la magia de presuntos abonos, ordenase recoger a destiempo la cosecha, nosotros, en nuestra función de cultura, hemos arrancado con criminal anticipación las raíces sin madurar y hemos recolectado bulbos sin savia y flores sin aroma.

Ese espantoso complejo, por todos visto en silencio y pocas veces denunciado, hemos querido tratarlo por medio del examen interno de la palabra que mejor lo califica. Allí y acá se buscan las causas de nuestros males en el campo de la ciencia, de las letras, de la economía y de la política. Para encerrarlas a todas en un conjunto que haga fácil su etiología, hemos mirado a esta palabra, que es pecado y tentación, en cuya raíz semántica parece que se oculta la *última ratio* de nuestra precipitada y confusa vida de relación.

Pueblo que no medita el valor de sus propios recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen ora a la desesperación, ora a la presunción. Al pesimismo que nubla los caminos y que lleva a la actitud decadente que Soren Kierkegaard define como un “no querer ser uno mismo”, como renuncia al propio esfuerzo de realizarse en función de equilibrio de voluntad y la posibilidad; o a la euforia malsana provocada por la falsa confianza en los propios recursos, que hace mirar como ya realizado el acto acoplador del esfuerzo con el fin relativo de las aspiraciones. Desprovistos como colectividad del sentido de cooperación que haga fácil el esfuerzo común, hemos seguido

el curso personalista de nuestro apetitos, con un sentido de suficiencia que nos ha llevado en lo individual a ser los solos jueces de nuestros actos y los dispensadores de nuestra propia honra.

No vienen estos males del ayer cercano; por el contrario, tienen sus raíces henchidas de historia. Hay quienes digan que fue precipitada y presuntuosa nuestra propia aventura emancipadora; y el mismo Bolívar, en la culminación de su tragedia, declaró la independencia como el solo bien logrado a costa de la ruina de tres siglos de cultura. Para sostener o rebatir la tesis sobran argumentos en el mundo de la Historia, pero quizá desde entonces se inculcó en nuestro plasma social el afán de hacerlo todo a punta de palabras que suplan la realidad de actos constructivos. Agotados nuestros recursos sociales en la lucha titánica por la construcción de la República, hemos intentado compensar la deficiencia colectiva por medio de una exagerada valorización de nuestras capacidades como individuos, y por un falso sentido de participación retrospectiva en la homérica lucha librada por los fundadores de la nacionalidad. Con la vanagloria por lo que hicieron los mayores, entendemos balancear nuestras carencias colectivas, como si la categoría histórica pudiera argumentar a favor de nuestra deficiente actualidad. El feudalismo anárquico que surgió con la exaltación de los caudillos, llevó a la disgregación de los grupos que pudieron haber realizado en el campo cívico una obra perseverante de superación y que hubieran podido crear un tono reflexivo para nuestras tareas político-culturales. La perseverancia del individualismo provocó esa mostrenca actitud que lleva a cualquier venezolano a considerar que por la punta de su nariz pasa el meridiano de la nación. Y poseídos de este dogma inflexible, sin siquiera aceptar que los contrarios puedan errar honradamente, cada uno de nosotros, de manera peor mientras más cultos, ha presumido posiciones artificiales, que van desde el indiscutible acento del postizo profesor omnisapiente hasta la verba exaltada del líder que cee poseer, como intangible y exclusivo patrimonio, el

don de las verdades que salvan la república. De donde resulta el estado lamentable que cruda y magistralmente pinta el insigne Key-Ayala cuando dice: “Gran parte de las desgracias de nuestra vida nacional se deben al empirismo, al desconocimiento de las razones fundamentales que rigen la marcha de las sociedades, de las empresas y de las industrias, en fin, a la ignorancia petulante, vestida de suficiencia”. Vale decir a la presunción que es signo de nuestra conducta social, a la agresiva “chivatería” en que pretendemos apoyar nuestra petulancia.

Causa y efecto en sí misma, la presunción que se abulta en todo nuestro discurso histórico arranca de posiciones negativas anteriores y provoca, a la vez, nuevas actitudes disvaliosas que precisa examinar en su origen y proyecciones. Por una parte, el individuo encuentra hacederos los caminos por falta de sentido responsable de quienes le antecedieron. Hay a veces, más que *usurpatio*, una pacífica *invatio* en tierras de nadie. ¿Quién no se siente inclinado a ocupar lo que está vacío? Si aquellos, por caso, a quienes corresponde con mayor experiencia el sitio de la crítica, abandonan el deber de hacerla, ¿no resulta explicable que en él aposente quien llevado por instinto vocacional y animado por falsa estimativa de sus recursos se cree capaz de ejercer el delicado y falsa estimativa de sus recursos se cree capaz de ejercer el delicado y baldío ministerio? Lo que en el orden de la cultura literaria y científica se explica fácilmente como resulta de la huída pesimista de quien pudo hacerlo y del afán correlativo de *prae sumere* por parte de quienes buscan el anticipo figurativo, conviene por igual al terreno de lo económico y lo político. Un pueblo sin arquetipos morales, un país donde no se ha pregifurado la imagen que debe dar forma a nuestro esfuerzo social, invita al asalto de las categorías. Creídos los individuos en el falso mérito de escasos e indisciplinados atributos, se sienten invitados a la conquista de aquello que reclamaría un punto de mayor madurez. Por eso, a veces vemos cómo en la falsa jerarquización de los sujetos ocurre el caso que respecto a los

franceses de su tiempo anotaba el canciller Ollivier, cuando dijo que sus compatriotas se “parecían a los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar a la más alta, desde la cual enseñan el trasero”.

Correlativo aspecto de la desmedida valorización de sí mismo, la presunción, según anota Montaigne, conduce a la subestimación de los demás. Es como una ley negativa que rigiera el equilibrio de los valores: al usurpar posiciones por medio de la antelación en el goce de algo a que pudiera tenerse derecho mediante el acabamiento de un esfuerzo se desvaloriza y viola el patrimonio ajeno, se mengua indirectamente el valor de las categorías extrañas, se destruye el justo nivel en la escala de la estimativa social.

En términos de clásica educación griega, diríase, con palabras de Jaeger, que aquel que “atenta contra la *areté* ajena pierde, en suma, el sentido mismo de la *areté*”. Se desvaloriza a sí mismo en el curso ascendente hacia la conquista de la virtud y del honor que habría de definir su figuración en el proceso selectivo de la sociedad, y rompe, consecencialmente, el sentimiento de comunidad que es ala y remo para las grandes obras de la cultura. De ahí resulta es estado que para lo nacional tan bien definió Romerogarcía al llamarnos pueblo “de nulidades engréidas y de reputaciones consagradas”, y que tinosamente hizo decir a otro que “en Venezuela nadie está en supuesto”. Se engríe quien asume la posesión de lo que no le pertenece aún, aque le resevaba para horas de madurez legítima.

Y como la presunción de funciones y aptitudes sigue una línea sin continuidad geométrica en el plano de lo social y se rige sólo por la falsa apreciación individual, adviene, por consecuencia, en el ordenamiento colectivo una dispareja y anárquica ubicación de valores que conduce, para la efectividad del progreso, a situaciones donde lo inestable hace las veces de canon regulador. En una sociedad fundada sobre bases de presunción, vale decir, sobre

supuestos ingravidos, sobre líneas que carecen de madurez realística, se vive en peligro de que toda creación, por lo abortivo del esfuerzo, carezca de fuerza perviviente. La anticipación que caracteriza a la obra presuntuosa, condena a ésta, fatalmente, a quedar en la zona de lo inacabado y pasajero. Sin energía para arraigar, sin densidad para lograr una ubicación de permanencia, las aparentes conquistas carecen de continuidad y método que les dé fuerza para convertirse en tradición capaz de impulsar en una línea lógica y duradera la marcha del progreso social.

Como en el pecado va implícita la pena, el individuo, cuando asume situaciones que aún no le corresponden, recibe el precio de su culpa, pues al abandonar el sitio donde debió desarrollar provechosamente su función generadora de actos eficaces, desfigura, a la vez, su propia personalidad entitiva. En la audacia de la carrera, no sólo usurpa lo que no es suyo, sino que, con esto, destruye su mero valor positivo. Se aleja de su propio marco redituante, se deshace de los vínculos que le asegurarían un buen éxito, y desconociéndose a sí mismo, se aventura a obrar como si fuera otra persona en sí, con lo que destruye fatalmente el signo de su jerarquía. Pasa a ser lo que no es, y, en consecuencia, anonada su personalidad. Como el globo que a fuerza de hincharse termina por ser destruido, del mismo modo el presuntuoso se convierte a la postre en simple nulidad figurativa.

Trasplantada al terreno de los hechos la consecuencia que en el orden teológico de la salvación señalan los doctores al pecado de presunción, vemos de manera objetiva que suyas son las causas de que se pierdan en el vacío las mejores intenciones de quienes se dejan llevar por el impulso de la conquista anticipada. No basta llegar, se requiere llegar a tiempo. No sale más temprano el sol porque se madrugue a mirar la aurora. La negación de la confianza, la actitud pesimista de quienes sólo ven los defectos sociales, no justifica, como reacción, una euforia anticipada que conduzca a dar por

logrado aquello que precisa de una serena meditación constructiva. Al mismo tiempo que debemos luchar contra los peligrosos complejos que incitan a la desesperación y a las situaciones negativas, estamos obligados a luchar contra el hábito desesperado de la carrera, que condena a llegar con las manos vacías de realidades, esto es, a llegar sin ser nosotros mismos.

Por lo que mira al proceso fundamental de la educación, tanto los padres como los alumnos persiguen un acelerado tránsito que ponga a estos últimos en posesión del título que les abra el camino de un ejercicio profesional. Nada importa que a ese título le falte el respaldo de una cultura que eleve a sus poseedores a condiciones de cumplir la función para la cual lo autoriza el certificado o el diploma. Interesa salvar el tiempo más que alcanzar el grado de ilustración que se requiere para asumir responsablemente el carácter que aquéllos confieren. Se trabaja por llegar prontamente a la oficialidad de las carreras que permita superar en función cronológica el período de preparación requerida para el cabal cumplimiento de la empresa a que nos avocamos en la sociedad. La sistematización individual del esfuerzo es sustituida por el afán de obrar. Correr, más que andar, ha sido consigna colectiva de trabajo, y, como consecuencia de la precipitación en asumir antelativamente lo que debiera llegar al final de una racional sistemática, hemos caído en la obra improvisada de los perseguidores de albricias y de los genios frustrados que pretenden suplir con la suerte o la audacia lo que sólo se alcanza mediante una lenta y progresiva preparación sobre los yunques del estudio y de la autovigilancia responsable.

Mal que viene de atrás, reato a nosotros transmitido por las generaciones que nos precedieron en el proceso formativo de nuestro pueblo y por los propios maestros que han pretendido iluminar nuestros caminos, debemos empeñarnos colectivamente en oponerle enérgico remedio que lo contradiga. En nuestra propia reflexión hemos de hallar los recursos idóneos para lograrlo. Hagamos

examen sincero de nosotros mismos, por medio de una introspección que desnude nuestras vidas de los arreos presuntuosos con que hemos venido signando nuestros actos. Ser lo que somos y obrar de conformidad con nuestra verdadera capacidad. Comprender que la eficacia de nuestra obra radica en la constancia de un proceso formativo que asegure el éxito de nuestra acción futura. Más que correr, esperar; más que la aventura de gustar postizos éxitos, limitar nuestra acción al cuadro reducido, pero seguro, donde nuestro esfuerzo sea capaz de crear una obra perdurable; antes de ir a la aventura fácil de tomar lo que aún no nos corresponde en la jerarquía social, descender, conforme al consejo socrático, a lo interior de nosotros mismos para avalorar y conocer nuestras propias fuerzas.

Frenada la falsa estimativa de nosotros mismos y apreciada en términos ecuánimes la capacidad vecina, llegaremos a crear un eficaz sentido de cooperación para la obra colectiva. El rigor que aplicamos en la crítica de los actos de los otros, suplámoslo por mayor exigencia para la obra propia y las puertas que nuestro egoísmo cierra para el comercio con los extraños, abrámoslas para una mayor comunicación que haga posible la fe en el esfuerzo ajeno. Rompamos con valor la inveterada costumbre de fingir recursos de que carecemos. Dejemos de practicar el viejo hábito de exhibirnos como señores de predios que no dominamos, hábito del cual muchas veces es harto difícil deshacerse, y en el cual caemos, así se trate de casos como el presente, en que para examinar la esencia de la presunción hemos tenido que ocurrir al censurado expediente de usar recursos que sobrepasan nuestros escasos nocimientos. Algo semejante a la lección del cangrejo senecto que explicaba a los jóvenes cangrejos la manera de caminar en línea recta. Al menos el viejo crustáceo creyó descargar su conciencia de aquello de que en sí mismo no era responsable. Y si presuntuosa resultara la lección, sírvale de justificativo el proloquio terapéutico de *similia similibus curantur*.